

**E**N el Congreso de los Diputados tienen por costumbre entregar a sus señorías diversas gollerías tecnológicas con las que aligeran sus tareas: tabletas, teléfonos de los buenos... y, de añadidura, también les dan una cartera, supongo que con el Reglamento de la Cámara y alguna otra información de interés. Pues resulta que no le gustan las carteras a don Pablo Iglesias, máximo exponente de la 'nouvelle cuisine' política que tiene por objetivo deconstruir nuestra democracia parlamentaria para deleitarnos con algunos nuevos sabores, que por más que nos presenten como prístinos y deliciosos son, sin duda, agrios. Sigamos con la metáfora gastronómica: ¿cómo funciona la cocina venezolana, tan admirada por estos superferolíticos chefs? Bueno, al grano: el señor Iglesias prefiere las mochilas (¿quiere, entonces, mochilas ministeriales?).

El asunto de las carteras no es sólo anécdota, no se fien. Hay algo enjundioso en él. Entronca con la concepción que los nuevos políticos (portadores de ideas viejísimas) tienen de la cosa esa de la indumentaria, que utilizan como signo de rebeldía, o algo así. Siempre sigo en esta materia a don Salvador de Madariaga, que dejó dicho que el vestir es un elemento del orden, y el orden es factor fundamental de la libertad. Esto no afecta a los hipermodernos diputados, pues es sabido que el orden es cosa de los carcas de la «casta», de modo que van al Congreso como si fuesen de campo, razón por la que siempre les vendrá mejor la mochila. O un zurrón de pastor, ya puestos. Por cierto, alguna firma de postín incluye mochilas en sus desfiles: pedigrí para progres, de la casa Dior.

Cosas de la imagen, claro. Aunque, digo yo, lo que realmente importa es qué cobijan entre las pieles de la cartera o la lona del morral. O bajo el uniforme descuidado de modernísimo flagelador de la vieja política. Hay ideas que, envueltas en seda o en saco, son gravemente peligrosas, sobre todo cuando entran en la categoría de demagógicas, que las convierte en deletéreas.

El caso es que don Pedro Sánchez, si quiere ser presidente, tendrá que apoyarse en estos desaliñados de indumentaria y de pensamiento. Y me malicio que además no tendrá más escrúpulos que los que les vengan impuestos. Para él, la coyuntura es complicadísima: pasó de no ser nada (en política) a fungir como secretario general de su partido y, ahora, después de sus pésimos resultados electorales, sólo tiene una alternativa: gobierno o puerta. De modo que, en circunstancias en las que se juega el ser o no ser, seguro que se cumplirá lo que Remarque sostenía: que si se pone el poder al alcance de alguien, lo cogerá al vuelo. Y para ocupar la Moncloa, lo mismo le dará, supongo, repartir carteras, mochilas, o sacos de rafia. Lo que sea menester. Salvo que en su partido hagan valer la sensatez que se espera de una izquierda moderada, imprescindible en una democracia liberal como la nuestra. En fin, dime con quién andas y te diré quién eres. ¿No?